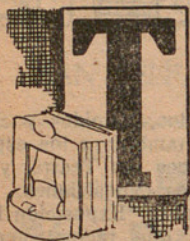


Notas para unos carnets de teatro

El engaño para todos



TENEMOS en verdad algo que pueda con justeza llamarse "ambiente teatral"? ¿Por ventura existe un público lo suficientemente ligado al destino multiforme y caprichoso del mundo del teatro como para formar dentro de él? ¿No es acaso el público quien puede, como tal público, dar en menor escala la medida de un entusiasmo teatral?

Para mí, existe solamente un "ambiente teatral": el del escenario, el de los biombos y las luces, de las viejas pelucas y los camerinos de paredes desconchadas, el de los ecos muertos entre bastidores. El de ese fantasmal ritmo de creación posible que se produce en el alma al contacto con toda la trampa y el cartón del teatro. El teatro hay que haberlo vivido por dentro; solamente entonces se comprende cuanto tenga de arte, cuanto comporta de sacrificio y fragilidad y cuanto de eternidad.

No existe un público, por entendido que sea, que sea capaz de sentir "todo" el teatro. Todo el teatro no lo sienten más que los faranduleros, los del carro de Téspis, los que fingen en escena las risas y los llantos de la vida y juegan dentro del juego y recrean la farsa que el autor concibió.

Si el teatro debe ser educativo — en su más profundo sentido — no puede abandonarse a la satisfacción de una tarde dominguera ni, por otra parte, a limitarse a poner en escena las últimas novedades por afán de singularizarse; antes bien, su más amplia función debe encontrarla en convocar a su público a la orgía espiritual, al trance mismo en que se sitúan autor e intérpretes; de aquí que, desde mis ligeros y primerizos balbuceos críticos haya siempre designado, complacientemente en ello, al teatro, como una comunión.

Yerrán quienes creen que basta con hacer reír o hacer llorar. Esto es fácil, aun cuando

no se sea Yorik. Lo importante es, no llevarse al público de calle, sino tenerle permanentemente en la plaza de la impaciencia, esperando con ansiedad el nuevo espectáculo.

Estos estados de trance colectivo, de apasionamiento teatral, sólo pueden darse con públicos fervorosos, pero al propio tiempo conscientes. A enfervorizar y responsabilizar al público debe tender todo esfuerzo teatral. Sólo entonces participará el público del entusiasmo de los faranduleros y de su fervor. El público debe saber en todo momento que aquello que está viendo y oyendo es un juego, una recreación de motivos perfectamente posibles "in mente", con entidad propia para existir en el pensamiento. Los mejores actores son aquellos que pueden comunicarnos esa sensación de trampa, de juego, de burla, que es el teatro; y a pesar de ello, hacernos emocionar, hacernos reaccionar, a sabiendas de que todo es ficción, por "comunión en el juego".

Un actor de espaldas al público, sin más ni más, recitando su papel sin énfasis, con naturalidad, es una calamidad realista. Louis Jouvet hacía una escena en la postura descrita, en "La Escuela de las Mujeres", pero "jugando", haciendo como que quería distraer al público, recordándole que aquello iba de burlas y que al final esperaba que le dijiesen, "¡qué gran bromista es usted, Jouvet!"

Pero para que el público comprenda todo esto, preciso es que la unanimidad de todos los componentes de la compañía en cuanto a las reglas del juego sea absoluta, que todos se sientan bohemios y bromistas, aun en las escenas trágicas, y que el director, con tiento y humildad, sea, solamente, el duende de unión entre los arrebatadores bromistas del escenario y el público, engañado, consciente del engaño, y contento.

J. Valverde

Casa Buxó

HOTEL RESTAURANTE

C/. Mayor, 18 — Teléfono 187